

LA DEFINICIÓN DEL PECADO

Por Otto Scott
(Septiembre, 1983)

El pecado es un tema de moda. Sus placeres están limitados en novelas, obras de teatro y películas; se le considera mucho más interesante que la virtud. Por consentimiento común la virtud es gris, sin carácter, pálida y sin brillo – de mente débil, si no es que tonta. Sin embargo alguien escribió una vez (y quisiera recordar quién, pues es un comentario de gran sabiduría), “El hombre que aún se goza en el vicio y encuentra dolor en la virtud *no ha tenido la suficiente experiencia de ninguno de ellos.*”

Claro está que debiese admitirse que los Europeos parecen tener un conocimiento mayor del pecado que nosotros los Americanos. No son más experimentados en él, pero han experimentado males mayores en los últimos doscientos años que los que han experimentado los Estados Unidos. Sufrieron el despotismo de Napoleón, las masacres de los revolucionarios Franceses que lo elevaron, las masacres organizadas del Zar y el fratricidio de la Primera Guerra Mundial, las brutalidades de Lenin, Stalin y Co., Hitler y Atatürk.

Stanley Elkins, un historiador Americano, ha comentado el hecho de que una nación sin religión oficial carece de un estándar por el cual se pueda juzgar la religión. Europa, dijo Elkins, tenía una iglesia que, a lo largo de los siglos, se volvió experta en el pecado; en mediar entre los hombres y sus culpas. Los Estados Unidos tenían iglesias que fragmentaron este conocimiento en “mil pedacitos.”

Un resultado es que algunos Americanos parecen creer que el baile es el pecado. Otros – cuyo número está aumentando – parecen creer que fumar cigarrillos es el peligro más grande que la nación confronta. Y en la mayor parte de Domingos escuchamos denuncias únicamente de los pecados de la carne – el adulterio y la borrachera – como si estos fuesen crímenes tan monstruosos que la mente humana no pudiese ir más allá, olvidando que el pecado es, más que nada, una ofensa contra Dios, no contra nosotros mismos o contra nuestro prójimo. El pecado es más que un *acto*: es la condición del corazón, la mente y el ser del hombre.

Todo esto deja al mundo con una impresión inicial de una ingenuidad Americana que no es capaz de ser erradicada, de una carencia de mundanalidad. Sin embargo, los extranjeros que sostienen tales opiniones son propensos a sufrir una sacudida en los encuentros reales con los Americanos, pues muy pronto aprenden que albergamos todos los pecados del léxico, a pesar de nuestras negativas.

Nuestro problema como nación es que hemos aceptado, en gran medida, las definiciones de los científicos sociales con respecto al pecado. Hemos llegado a creer, como consecuencia, que el pecado consiste de desviaciones en la sociedad por un lado, y de dolencia o limitación por otro.

La teoría de la docencia provino de los médicos. Hace años, en su “Introducción” a *Asesinato por Ganancia*, William Bolitho llamó la atención al hecho de que aunque Burke y Hare fueron a la horca, los médicos de Edimburgo que les emplearon para robar tumbas, y para asesinar con el objetivo de tener cadáveres para vender, siguieron libres y sin ser indagados. Luego comentó con respecto a las afirmaciones de los médicos de ser capaces de sanar todas las enfermedades de la humanidad, y sobre esa base llegar a ser los maestros de todos los hombres.

Un vástago de tal afirmación médica, que persiste en la psiquiatría, es que la mala conducta es un problema médico; que el alcoholismo, la drogadicción, la cleptomanía y otras aberraciones son similares a las enfermedades físicas, curables por métodos médicos. Los resultados de estos esfuerzos no han confirmado tales afirmaciones, pues las aseveraciones son seductoras, pues remueven la culpa, y *niegan el pecado*.

Los Calvinistas no son populares por negar muchas de estas proposiciones, y por insistir en la *depravación innata del hombre*. Esto no es decir que todos los hombres son malvados en su actuar; es decir que todos los hombres son capaces del mal. Batallamos contra esa capacidad cuando tenemos fe; dejamos de batallar contra esa capacidad cuando no tenemos fe.

Claro está que el Calvinismo se considera virtualmente obsoleto. Pero igual sucede, en realidad, con el Cristianismo, en opinión de sus enemigos. Uno aún nota referencias a la Era “Post-Cristiana,” aunque desde el surgimiento de la Mayoría Moral estas han llegado a ser notablemente menos frecuentes.

Lo que ahora está resurgiendo, junto con la Mayoría Moral y con nuevos grupos eclesiásticos más severos, es el recuerdo de que esta civilización fue creada por Cristianos, puede ser sostenida únicamente por Cristianos, y que los Cristianos una vez sostuvieron percepciones muy claras acerca de la naturaleza, atributos y patrones del pecado. El pecado era clasificado, definido y entendido.

Los siete pecados mortales o capitales fueron una vez enseñados a los escolares e inculcados en cada una de las conciencias. Estos siete pecados mortales, de los que fluyen todos los otros pecados, eran considerados fatales para el crecimiento espiritual. Aquellos que caían en sus redes sabían, al menos, la naturaleza de su trampa. No culpaban a sus padres.

Los siete pecados son: el orgullo, la lujuria, la codicia, la avaricia, la glotonería, la envidia y la pereza. Se podrían escribir libros extraordinarios sobre cada uno. Robert Payne, un Inglés, escribió un libro brillante titulado *Hubris: Un Estudio del Orgullo*, (Harper Torch Books, 1960, cubierta de pasta), pero desdichadamente el Sr. Payne no era Cristiano. Tomó todos sus ejemplos de la Grecia pagana.

En este libro, que de otra manera hubiese sido excelente, Payne se quedó sin trazar una distinción entre el orgullo y la envidia, que fue observada y descrita por un mejor comentarista, Helmut Schoeck, en *Envidia*, (Harcourt, Brace World, 1966.)

El Dr. Schoeck, en su obra clásica, examinó cada faceta de la envidia. Descubrió que no existe ninguna sociedad donde sea desconocida o no haya sido identificada. Algunas sociedades son dominadas por ella. Los miembros de tales sociedades (generalmente permisivas) creen que el vecino que logre una mejor cosecha es culpable de magia, sobre la teoría que toda la buena fortuna se lleva a cabo a expensas de alguien más.

El Cristianismo, que enseña que la conducta propia debiese modelarse según la persona de Jesús, no quitó pero alivió muchísimo la envidia en el mundo. Schoeck cree que el Calvinismo, a su vez, fue tremendamente útil al hacer que el mérito fuese aceptable a los ojos del mundo, y que la envidia fuese inaceptable. Por lo tanto, tanto los inicios Cristianos como la Reforma fueron grandes golpes contra la envidia.

Los paganos Griegos, en contraste, creían que sus mismos dioses podían estar envidiosos de la felicidad de los hombres. Cualquier intento de una manifestación abierta de ambición, de logro espectacular, se hallaba, pensaban ellos, en peligro de ser demasiado esfuerzo; de llegar a ser *hubris*, que traería la retribución de Némesis. Una puede solamente imaginar la espantosa medida en que los Griegos estaban sujetos a la envidia, cuando le atribuían este crimen espiritual incluso a sus dioses.

Desdichadamente, para nosotros en nuestro mundo y tiempo, la secularización de la civilización occidental liberó la envidia en nuestra civilización en una medida y con una fuerza desconocida desde el tiempo de los Griegos. Karl Marx, uno de los hombres más abiertamente envidioso, hizo de su rencor una filosofía en contra de la estabilidad, la prosperidad y de la elevación del estándar de la gente entre quienes vivió. Y desde su tiempo la envidia ha sido institucionalizada en el Socialismo, en los impuestos por ingresos, en los movimientos políticos y en las carreras políticas.

Sigue siendo, a pesar de su tremenda propagación en este siglo, un pecado que es profundamente mal entendido por sus víctimas, aunque no por sus practicantes. En primer lugar, la envidia no puede ser apaciguada por compartir los recursos propios. La envidia solamente puede ser satisfecha por la destrucción, la pérdida de posesión y la humillación de su blanco. La envidia, en otras palabras, no es un deseo de compartir: es un deseo de ruina. Iago no deseaba a la esposa de Otelo; él quería destruir la felicidad de Otelo. Una vez que tuvo éxito, estuvo complacido, y sonreía mientras era llevado en cadenas.

Por lo tanto, la envidia no es un impulso a la ambición. No se confina a las posesiones; incluye un odio de los atributos de alguien más: su voz, su habilidad para bailar, su fuerza, su capacidad de articulación, su talento. Rara vez se enfoca, según el Dr. Schoeck, en personajes elevados. Tiene la tendencia a centrarse en personas cercanas en status y en proximidad: el trabajador en el escritorio de al lado, el competidor en una carrera, o un vecino. Puede ir moverse hacia abajo lo mismo que hacia arriba. Los empleados pueden estar envidiosos de los subalternos con talento; los maestros pueden estar envidiosos de los niños brillantes con posibilidades cada vez mayores.

Ninguna sociedad puede escapar del todo de la envidia, pero Schoeck aclara que la sociedad Cristiana llegó a ser la más cercana, así como los Cristianos llegaron a ser los más cercanos. A medida que nuestra sociedad se hace cada vez más inepta para tratar con el

pecado – inepta en la medida que niega incluso que existan estos siete males – llega a ser cada vez más victimada por sus portadores.

Para recuperarnos, necesitamos reconstruir una sociedad Cristiana. El Dr. Schoeck no dice eso; y es muy probable que no haya pensado en eso. Pero se hallan destellos de esa comprensión entre muchos otros, entre las líneas de su horripilante pero destacada obra informativa.

Copyright © 1981 – 1994 *Chalcedon Report* P. O. Box 158, Vallecito, CA 95251